

nica árabe, los recibió sin aparato ni ostentación en su campo á orillas del Ebro. El mas anciano de los dos, que era alcaide de Fraga, le expuso en muy atentos términos que los deseos de Ben Hafsun eran de vivir en paz con él; que sentía como el que mas la sangre que se derramaba en los combates, y que por lo mismo, si le reconocía la tranquila posesión de la España Oriental para sí y sus sucesores, él mismo le ayudaría á defender las fronteras de aquella parte; en cuyo caso y en prueba de su lealtad le entregaría inmediatamente las ciudades de Toledo y Huesca, y los fuertes que tenía en su poder. Oyó Abderrahman el extraño mensaje y respondió: «Por un exceso de paciencia he sufrido que un rebelde se atreva á proponer tratos de paz al príncipe de los creyentes con aire de soberano: agradece á vuestra calidad de parlamentarios el que no os haga empalar; volved y decid á vuestro jefe, que si en el término de un mes no viene á rendirme homenaje, pasado este plazo no le admitiré ni con ninguna condición ni en ningún tiempo.» Volvieron, pues, los dos mensajeros poco satisfechos del éxito de su misión, y Abderrahman, arreglado lo necesario al gobierno de Zaragoza, y dejando otra vez á su tío Almudhaffar el cuidado de la guerra, regresó de nuevo á Córdoba (1).

Las aclamaciones con que le recibió el pueblo de Córdoba turbáronse con la noticia que llegó de una nueva sublevación en las sierras de Ronda y de Alpujarra. ¿Quién movía ahora á estos montañeses, cuando sus principales caudillos se habían sometido al califa? Un imprudente recaudador de las rentas del azaque había vuelto á encender el fuego ya apagado. La dureza que empleaba en la exacción, las demasías de los soldados que le acompañaban y que se entraban por las casas de los contribuyentes á arrancarles á la fuerza los impuestos, exacerbó los ánimos de aquellos montañeses, que acometieron á las tropas y mataron la mayor parte de ellas. Una vez de nuevo rebelados, volvieron á nombrar por su caudillo al alcaide de Alhama Azamor, el mas prudente y humano de todos, y de quien habían sido tratados con dulzura. Azamor, aunque acababa de someterse al califa y de ser favorecido por él, no tuvo el suficiente carácter para resistir á las exigencias de sus antiguos secuaces y al entusiasmo y empeño con que le proclamaban otra vez. Por debilidad, pues, mas que por su deseo, faltó al califa, y tornó á convertirse en caudillo de rebeldes. Indignado de tal conducta Abderrahman, acudió apresuradamente á sujetar á tan indócil gente, y su diligencia fué tal que apenas tuvieron tiempo los sublevados para internarse en las sinuosidades de sus breñas. Apoderóse el califa de muchos fuertes, mas como considerase que no era ocupación digna de un jefe del imperio la guerra de bandidos, trasladóse á Jaen y desde allí á Córdoba.

Parecía destino de Abderrahman encontrarse, cada vez que entraba en la corte, con alguna importante nueva; esta vez era próspera y grata. Un despacho de su tío Almudhaffar le informaba de la muerte del obstinado Caleb ben Hafsun, acaecida en un castillo de las inmediaciones de Huesca (en mayo de 919). Abderrahman dió gracias á Dios por la desaparición de tan terrible enemigo. Quedaban, no obstante, todavía sus dos hijos, Suleiman y Gíafar, herederos del valor y del espíritu revolucionario y terco de su abuelo y de su padre, que así se transmitían y perpetuaban de generación en generación entre los sarracenos los odios de familia y de tribu.

Mientras el califa y sus huestes se hallaban ocupados en sujetar los rebeldes de su imperio, el rey de Leon Ordoño II, que ya antes de serlo había dado pruebas de su belicoso ardor á los musulmanes, mostraba al tercer Abderrahman que había empuñado el cetro de Leon un monarca por cuyas venas corría la sangre de Alfonso el Magno. Después de haber devastado el territorio de Mérida, y puesto á los meridianos mismos en la necesidad de comprarle una paz humillante á fuerza de dádivas (918), corrióse á la tierra de Castilla conocida ya con el nombre de Campo de los Godos. Otra acometida que hizo á Talavera, algo reparada ya por los moros de la destrucción de su hermano García, hizo que Abderrahman pensara en

(1) Conde, cap. 71.

atajar los progresos del atrevido cristiano, y juntando grueso ejército, penetró con él hasta San Estéban de Gormaz. En mal hora avanzaron hasta allí los musulmanes; el valiente Ordoño los atacó de improviso, y ganó sobre ellos tan brillante victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad mingenem ad parietem*, y según el Monje de Silos, desde San Estéban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar al califa la nueva de tan fatal derrota (919): que grande debió ser aunque se suponga la aserción de los cronistas algo exagerada (2). Decimoslo, porque no debieron quedar los musulmanes tan completamente deshechos, cuando al poco tiempo se los vió vengar en Mindonia el desastre de San Estéban de Gormaz, haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza.

Pero otro suceso, de mas compromiso aun, sobrevino al año siguiente, no ya solo al rey de Leon, sino al de Leon y al de Navarra juntos. El ilustre Sancho García (Abarca), que después de haber dilatado maravillosamente los términos de su reciente reino había encomendado la dirección del Estado á su hijo García, y retirádose él al monasterio de Leire, veía su provincia invadida cada día y sin cesar hostigada por el valeroso Almudhaffar que guerreaba por la parte de Zaragoza. La noticia de una mas numerosa irrupción de musulmanes debió despertar su antiguo ardor bélico, y hubo de dejar el claustro para acudir al socorro de su hijo: ello es que nos presentan las crónicas á uno y otro príncipe pugnando por rechazar el torrente invasor; y como se sintiesen todavía débiles para resistirle, reclamó García el auxilio del monarca de Leon. No vació el leonés en responder al llamamiento del navarro, y púsose en marcha para darle ayuda. Acompañábanle dos prelados, Hermogio de Tuy y Dulcideo de Salamanca (3), llevados de aquella afición á las lides y al estruendo de las armas que tenía entonces contaminados á sacerdotes y obispos. Invitó Ordoño á varios condes de Castilla á que se le incorporaran y ayudaran en esta empresa, mas ellos, ó abiertamente se negaron, ó por lo menos no respondieron á la excitación, y Ordoño prosiguió con sus leoneses hasta juntarse con Sancho y García, y verificada que fué la unión marcharon en busca del enemigo que hallaron acampado entre Estella y Pamplona, ó mas bien entre Muez é Irujo, en un valle que por estar cubierto de juncos se llamó Val-de-Junquera (921).

Allí se dió la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos. Disputada fué la victoria, pero declaróse por los agarenos, los cuales, entre otros muchos cautivos, llevaron á Córdoba los dos ilustres prelados. Dulcideo pudo al fin obtener su rescate: Hermogio para volver á su diócesis tuvo que dejar en rehenes á su sobrino Pelayo, niño de diez años, que encerrado en un calabozo alcanzó después la palma del martirio, y cuya desventurada y lastimosa historia mas adelante referiremos. Derrota fué la de Valdejunquera que hubiera podido ser mucho mas desastrosa para los cristianos, y muy señaladamente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros con extrañeza general el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que sepamos qué objeto pudo moverlos á tan aventurada expedición. Sabemos, sí, que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, ó con la vanidad de poder contar que habían visitado los países donde habían llegado las armas de sus mayores. De todos modos al regreso tuvieron ocasión de reconocer su imprudencia, porque rehechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera, por mas que Murphy pareciera ó negarlo ó ignorarlo (4).

Tampoco hablan las historias árabes de lo que hizo el rey de Leon durante la expedición del ejército musulman allende

(2) Silens, p. 297.—Sin embargo, no tenemos otra guía para estos sucesos que las crónicas cristianas, pues los historiadores árabes guardan aquí un profundo, y como si fuese estudiado silencio.

(3) El mismo á quien, siendo presbítero de Toledo, envió Alfonso el Magno á Córdoba á estipular con Abdallah las condiciones de la paz.

(4) Abarca y Moret en sus historias.—Murphy, c. 3.

el Pirineo. Parece estudiado olvido el que sobre estos reinados padecieron los escritores mahometanos. Mas no por eso hemos de dejar de mencionar nosotros la atrevida incursión de Ordoño II por las tierras musulmicas, asegurando el cronista Sampiro que llevó su arrojó hasta ponerse á una jornada de Córdoba (1). De vuelta de esta arriesgada correría y hallándose en Zamora tuvo el sentimiento de perder su primera esposa Elvira (2), á quien amaba mucho, y de quien tenía cuatro hijos y una hija, Alfonso, Sancho, Ramiro, García y Jimena: sentimiento que no le impidió contraer segundas nupcias con una señora llamada Aragonta, gallega tambien como Elvira, y á la cual repudió luego (3), pasando á tomar otra tercera mujer de la sangre real de Pamplona, Sancha, hija de García (4).

No podia olvidar el monarca leonés el desaire y agravio que le hicieron los condes de Castilla en haberse negado á acompañarle y auxiliarle en la guerra de Navarra; y como á su falta atribuyese en gran parte el desastre de Valdejunquera, determinó castigar con todo rigor á los que tanto habían ofendido su autoridad. El resentimiento parecia fundado: el castigo no le aplaudiremos nosotros si fué del modo que Sampiro refiere. Cuatro eran los condes que principalmente se habían atraído el enojo del rey, y los mas poderosos de aquella época; Nuño Fernandez (el suegro de su hermano y predecesor don García), Abolmondar el Blanco (en cuyo nombre no puede desconocerse la procedencia árabe), su hijo Diego, y Fernando Ansurez. Sabedor Ordoño de que todos cuatro se hallan reunidos en Burgos, los invitó á una conferencia en un pueblito de la provincia llamado Tejares sobre las márgenes del Carrion. Acudieron allí sin desconfianza los desprevenidos condes; y tan luego como los tuvo en su poder hizolos conducir, cargados de cadenas, á las cárceles de Leon: después de lo cual ya no se supo mas sino que todos habían sido condenados á muerte. De desear seria que se descubriera, si llegó á formarse, el proceso de estos desgraciados.

Dos solas ciudades de Navarra se levantaron por la causa de los condes, Nájera y Viguera (entonces Vicaria ó Vicaría). Nuevamente solicitó el navarro el auxilio del leonés para el recobro de las dos fuertes ciudades rebeladas, y nuevamente acudió Ordoño en persona al frente de su ejército, y obrando en combinación con García, no tardó en poner á su amigo y aliado en posesión de aquellas dos importantes plazas. En esta expedición, última que hizo el rey Ordoño (923), fué cuando obtuvo la mano de la princesa Sancha (5), viviendo aun la repudiada Aragonta.

Poco tiempo pudo gozar de los halagos de su nueva esposa. Regresado que hubo con ella á sus Estados, sorprendióle la muerte en el camino de Zamora á Leon (enero de 924) á los nueve años y once meses de reinado. Fué el primer monarca que se enterró en la suntuosa catedral de Leon que él mismo había hecho erigir desde 916 en el sitio donde estaban los palacios reales (6).

Aunque Ordoño II dejaba los cuatro hijos varones que hemos nombrado, á ninguno de ellos le fué dada la corona. Los magnates y prelados colocaron en el trono de Leon á su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias dándose el título de rey, verificándose así que todos tres hijos de Alfonso el Mag-

(1) Chron. n. 18.

(2) Sampiro la llama Nuña. El arzobispo don Rodrigo la supone dos nombres, cosa muy comun en aquel tiempo.—Florez, Reinas Católicas, tomo I, pág. 79.

(3) Este acto del repudio, que algunos escritores censuran ágramente en Ordoño, y que otros omiten como quien huye de lastimar su reputación, era muy frecuente en aquellos tiempos, y de ello encontraremos en lo de adelante ejemplos muy repetidos. En Navarra, al decir de Yanguas (Historia de Navarra, pág. 43), los nobles podían divorciarse libremente segun fuero, y los plebeyos pagando un buey de multa. El obispo de Pamplona Pedro de Paris, aconsejó á Sancho el Sabio que no permitiese semejante abuso, y el rey con acuerdo de los ricos-hombres mandó que los matrimonios hechos con capellan y sortija no pudieran deshacerse.

(4) Florez, Reinas Católicas, tom. I.

(5) Sanctiva la llama Mariana.

(6) En su sepulcro se leen dos largos epitafios latinos, que son como un compendio de su historia.

no fueron sucesivamente reyes de Leon, con perjuicio de los hijos del segundo: bien para la unidad española, porque de esta manera volvieron á unirse en el tercero de estos príncipes Leon, Galicia y Asturias, divididas á la muerte de su padre. No sabemos qué pudo mover á los grandes á dar esta preferencia á Fruela II, cuyo corto reinado de catorce meses solo ha suministrado á la historia dos actos de insigne crueldad é injusticia cometidos con dos hijos de un caballero leonés nombrado Olmundo, condenando á muerte al uno, y desterrando del reino al otro, que lo era Frominio, obispo de la ciudad, sin razon ni causa que se sepa, como acaso no los sospechara cómplices en las anticipadas pretensiones de Alfonso, hijo de Ordoño II, al trono que ocupaba su tío. De todos modos no debió aparecer justificado el motivo, puesto que el hecho le concitó la odiosidad de sus súbditos, y á castigo providencial de aquella arbitrariedad tiránica atribuyeron la temprana muerte del rey (925), y la inmunda lepra de que sucumbió. Algunas fundaciones y donaciones piadosas y un camino público hecho en Asturias, todo antes de ser rey de Leon, fueron los únicos recuerdos que dejó este monarca (7).

En el mismo año que se coronó rey de Leon Fruela II, falleció el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando por sucesor del reino á su hijo García Sanchez llamado el Temblon (8).

Refiérese tambien á este tiempo la creación de un famoso tribunal en Castilla; creación que aunque descansa en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, escritor muy posterior á la época de los sucesos, alcanzó gran celebridad histórica, y ha sido después objeto de graves cuestiones entre los criticos. Hablamos de la institucion de los *Jueces de Castilla*. Refiérese que indignados los castellanos de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, y no siéndoles fácil levantarse en armas contra su autoridad, acordaron proveer por sí mismos á su gobierno, á cuyo fin eligieron de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con nombre de *Jueces*, título que les recordaba su misión de hacer justicia, no el derecho de autoridad sobre los pueblos, ni menos el de oprimir su libertad. Que para este honroso cargo nombraron á Lain Calvo y á Nuño Nuñez Rasura, yerno aquel de este, aquel para los negocios de la guerra, por ser varon de grande ánimo y esfuerzo, este para los asuntos civiles, por su mucha instruccion y prudencia. Que estos magistrados juzgaban por el Fuero Juzgo de los visigodos, y que bajo esta forma semi-republicana se rigió la Castilla hasta que se erigió en condado independiente. Por último, que de estos dos primeros jueces trajeron su procedencia y fueron oriundos los ilustres Fernan Gonzalez y Rodrigo Diaz de Vivar, que sucesivamente se hicieron después tan célebres en los fastos españoles (9).

Del mismo modo que Fruela II había sido antepuesto en la dignidad real á los hijos de su hermano Ordoño, así á su fallecimiento se vieron postergados los hijos de Fruela eligiendo los grandes al mayor de los de Ordoño, Alfonso, que cinó la corona con el nombre de Alfonso IV (10): prueba grande de la libertad electiva que seguían ejerciendo los prelados y nobles

(7) Sampir. Chron. n. 20.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.

(8) Porque temblaba, dicen, y se agitaba siempre al entrar en batalla, no de miedo, añaden, sino por natural ardor é impaciencia de vencer al enemigo.

(9) Emitiremos mas adelante nuestro juicio sobre esta institucion, que admitió sin vacilar Mariana, que niegan sus comentadores, y sobre la que escribió Masden una de las *Ilustraciones* de su Historia Crítica.—Diremos, no obstante, que en la provincia de Burgos, á trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado *Visjueces*: en el pórtico de su iglesia se ven dos estatuas de piedra, que dicen representar los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar justicia, por ser este el pueblo donde supone la tradicion tenían su residencia y tribunal los dichos jueces, y de aquí el nombre de *Visjueces*, corrupción del antiguo *Vjudico*. Al pié de las estatuas se leen las siguientes inscripciones.

Laino Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeaque civitatis.

Nuño Rasure Civi sapientissimo civitatis Cliepo.

(10) Los hijos de Fruela, habidos de su primera esposa Numilona Jimena, eran tres, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y otro tenido fuera de matrimonio nombrado Azenar. Su segunda mujer se llamaba Urraca. Florez, Reinas Católicas, tom. I.